

CAPITULO III

LOS SALARIOS NO SALEN DEL CAPITAL, SINO QUE SON PRODUCIDOS POR EL TRABAJO

¹ La importancia de esta digresión aparecerá cada vez más, a medida que avancemos en nuestro estudio; pero su conexión con la materia que ahora nos ocupa, se ve desde luego.

² Es, a primera vista, evidente que no se tiene en cuenta el sentido económico de la palabra "salario" y se concentra la atención sobre el más común y restringido significado de ella, cuando se afirma que los salarios salen del capital. Porque, en todos aquellos casos en que el trabajador es su propio patrono y recibe diariamente el producto de su propio trabajo como recompensa suya, es bastante claro que los salarios no salen del capital, sino que salen directamente del producto del trabajo. Si, por ejemplo, dedico mi trabajo a buscar huevos de pájaros o bayas, los huevos o las bayas que obtengo son mi salario. Seguramente, nadie sostendrá que en tal caso los salarios salen del capital. No hay capital en este caso. Un hombre absolutamente desnudo, arrojado a una isla en que ningún otro ser humano haya puesto el pie, puede recoger huevos de pájaros o buscar bayas.

³ O si tomo un pedazo de cuero y hago con él un par de zapatos, los zapatos son mi salario, y al obtener este par de zapatos como salario de mi trabajo, el capital no es disminuido en un ápice, ni siquiera momentáneamente. Porque si acudimos a la idea de capital, mi capital, al principio, consistía en el pedazo

de cuero, hilo, etc. A medida que mi trabajo avanza se va añadiendo valor rápidamente, hasta que, cuando mi trabajo para en los zapatos ya concluidos, tengo mi capital, más la diferencia de valor entre el material y los zapatos. Al obtener este valor adicional —mis salarios—, ¿cómo se saca nada del capital en ningún momento?

Adam Smith, que imprimió al pensamiento económico el rumbo que ha venido a parar en las complicadas teorías corrientes de la relación entre salario y capital, reconocía el hecho de que, en casos tan sencillos como los que he citado, los salarios son el producto del trabajo, y así comienza su capítulo sobre los salarios del trabajo (cap. VIII):

“El producto del trabajo constituye la natural recompensa o salario del trabajo. En aquel primitivo estado de cosas que precedió a la apropiación de la tierra y a la acumulación de un caudal, todo el producto del trabajo pertenecía al trabajador. No había ni propietario ni amo que participara en él.”

Si el gran escocés hubiera tomado esto como punto inicial de su razonamiento y hubiera continuado considerando los productos del trabajo como el natural salario del trabajo, y al propietario y al dueño como meros partícipes, sus conclusiones hubieran sido muy diferentes, y la Economía política hoy no contendría tal masa de contradicciones y absurdos; pero en vez de seguir la verdad, notoria en los más sencillos modos de producción, como guía al través de las perplejidades de formas más complicadas, la admite de momento, sólo para abandonarla inmediatamente, y afirmando que, “en toda Europa, por cada obrero independiente, una veintena trabaja para un patrono”, reanuda la investigación desde un punto de vista en que se considera al patrono como proveedor del salario de sus obreros a expensas de su capital.

Es evidente que, al establecer esa proporción de los que se emplean a sí propios, como de sólo uno a veinte, Adam Smith sólo pensó en las artes mecánicas, y que, incluyendo a todos los trabajadores, la proporción de los que reciben sus ganancias

directamente, sin la intervención de un patrono, tiene que haber sido, aun en la Europa de hace cien años, mucho mayor que ésa. Porque, aparte los obreros independientes que en toda sociedad existen en número considerable, la agricultura de grandes comarcas de Europa se ha efectuado desde el tiempo del Imperio romano por el sistema de aparcería, bajo el cual el capitalista recibe del trabajador su remuneración, en vez de recibirla el trabajador del capitalista. De todos modos, en Estados Unidos, donde cualquier ley general de los salarios tiene tan plena aplicación como en Europa, y donde, a pesar del progreso de las industrias, una gran parte de la gente son labradores patronos de sí propios, la proporción de trabajadores que ganan sus salarios mediante un patrono tiene que ser relativamente pequeña.

7 Pero no es necesario discutir la proporción en que los trabajadores por cuenta propia están en cualquier parte respecto de los trabajadores alquilados, ni multiplicar los ejemplos del axioma de que donde el trabajador toma directamente sus salarios éstos son el producto de su trabajo, porque tan pronto como se admite que la palabra "salario" incluye todas las ganancias del trabajo, lo mismo cuando las toma directamente el trabajador en los resultados de su trabajo, que cuando las recibe de un patrono, es evidente que el supuesto de que los salarios son sacados del capital, sobre el que, como sobre una universal verdad, se ha levantado sin titubeos en los tratados político-económicos corrientes tan vasto edificio, es, en gran parte al menos, falso, y lo más que puede afirmarse con alguna verosimilitud es que *algunos* salarios (esto es, los salarios recibidos de su patrono por el trabajador) son extraídos del capital. Esta restricción de la premisa mayor invalida de una vez todas las deducciones hechas de aquélla; pero, sin detenerme aquí, veamos si aun en este sentido restringido coincide con los hechos. Recojamos el hilo donde Adam Smith lo abandonó, y, avanzando paso a paso, veamos si la relación entre los hechos, que es notoria en las más sencillas

formas de la producción, no continúa al través de las más complejas.

Lo inmediato en sencillez a “ese primitivo estado de cosas”, del que tantos ejemplos pueden encontrarse todavía, en que todo el producto del trabajo pertenece al trabajador, es el convenio en que el trabajador, aunque trabajando para otra persona o con el capital de otra persona, recibe sus salarios en especie —esto es, en la cosa que su trabajo produce—. En este caso es tan claro como en el caso del trabajador por cuenta propia, que los salarios salen realmente del producto del trabajo, y en manera alguna del capital. Si yo contrato un hombre para coleccionar huevos, para coger bayas o para hacer zapatos, y le pago con huevos, bayas o zapatos de los que su trabajo procura, es indiscutible que la fuente de los salarios es el trabajo por el que se pagan. De esta forma es el contrato de arriendo de rebaños “saer-and-daer”, tratado con tal perspicacia, en su *Historia de las instituciones primitivas*, por Sir Henry Maine, y que tan claramente implica la relación de patrono y obrero, haciendo al que recibe el ganado, el “hombre” o vasallo del capitalista que lo emplea. En tales condiciones era como Jacob trabajaba para Labán, y hoy, aun en los países civilizados, no es modo poco frecuente de emplear al trabajo. Los arriendos de la tierra en participación, que predominan en una considerable extensión de los Estados meridionales de la Unión y en California; la aparcería en Europa, tanto como los muchos casos en que se pagan administradores, corredores, etc., con un tanto por ciento de los provechos, ¿qué son sino el empleo del trabajo mediante salarios consistentes en parte de su producto?

El paso inmediato en la marcha desde lo sencillo a lo complejo se da donde los salarios, aunque estimados en especie, se pagan en un equivalente de alguna otra cosa. Por ejemplo, en las balleneras americanas, la costumbre es no pagar salarios fijos, sino una parte proporcional (*lote*) de la pesca, que varía desde una dieciseisava parte a una duodécima parte para el capitán hasta

una tricentésima para el grumete. Así, cuando una ballenera llega a New Bedford o a San Francisco después de una campaña fructífera, lleva en su bodega los salarios de su tripulación, así como los beneficios de sus dueños, y un equivalente que los reembolsará de todas las mercancías consumidas durante el viaje. ¿Puede haber cosa más clara que el que estos salarios —esta grasa y barbas de ballena que la tripulación del ballenero ha obtenido— no han salido del capital, sino que son efectivamente una parte del producto de su trabajo? Ni este hecho es oscurecido o cambiado en el más mínimo grado cuando, por razones de conveniencia, en vez de repartir entre la tripulación su proporción de grasa y barbas, el valor de la parte de cada hombre es estimado al precio del mercado y pagado en moneda. El dinero no es sino el equivalente de los salarios reales, la grasa y las barbas de ballena. En ningún sentido hay adelanto del capital en este pago. La obligación de pagar los salarios no surge hasta que el valor de donde se han de pagar es traído al puerto. En el momento en que el dueño toma de su capital dinero para pagar su tripulación, añade a su capital grasa y barbas de ballena.

10 Hasta aquí no puede haber discusión. Demos otro paso que nos llevará al sistema habitual de emplear al trabajo y de pagar los salarios.

11 Las islas Farallone, de la bahía de San Francisco, son un criadero de aves marinas, y una compañía a quien pertenecen esas islas, emplea hombres en la estación adecuada para recoger los huevos. Aquélla pudiera emplear a esos hombres por una parte de los huevos que cogiera, como se hace en la pesca de la ballena, y probablemente lo haría si el negocio fuera muy incierto; pero como las aves son muchas y mansas, y pueden ser recogidos *tantos* huevos aproximadamente por *tanto* trabajo, encuentra más conveniente pagar a sus hombres salarios fijos. Los hombres van a las islas y allí permanecen recogiendo los huevos y llevándolos a un embarcadero de donde, a intervalos de pocos días, son transportados en una pequeña embarcación a San Fran-

cisco y vendidos. Cuando la temporada acaba, los hombres regresan y se les paga en moneda acuñada sus salarios convenidos. Este convenio ¿no es lo mismo que si, en vez de pagarles en moneda acuñada, les pagasen los salarios estipulados en una porción de los huevos cogidos, equivalente a aquéllos? Esta moneda acuñada ¿no representa los huevos, mediante cuya venta se obtiene aquélla?; y estos salarios ¿no son el producto del trabajo por el cual se pagan, como lo serían los huevos en poder de un hombre que los recogiera para sí propio sin intervención de ningún patrono?

12 Tomemos otro ejemplo que demuestra por reversión la identidad de los salarios pagados en dinero con los pagados en especie. En San Buenaventura vive un hombre que hace un excelente negocio cazando, por su aceite y pieles, la foca común que frecuenta las islas que forman el canal de Santa Bárbara. Para estas expediciones marítimas toma como auxiliares dos o tres chinos, a quienes al principio pagaba totalmente con dinero acuñado. Pero parece que los chinos estiman mucho algunos de los órganos de la foca, que secan y pulverizan para medicinas, así como los largos pelos de los bigotes de la foca macho, que, cuando alcanzan cierta longitud, ellos estiman mucho para algún fin que para los bárbaros extranjeros no resulta muy claro. Y aquel hombre pronto supo que los chinos preferían, en vez del dinero, aquellas partes de las focas matadas, de manera que ahora les paga con ellas gran parte de sus salarios.

13 Ahora bien, ¿lo que hemos visto en todos estos casos —la identidad de los salarios en dinero con los salarios en especie—, no es verdad en todos los casos en que se pagan salarios por un trabajo productivo? ¿El fondo ganado por el trabajo no es realmente el fondo con que se pagan los salarios?

14 Se dirá, acaso: “Hay esta diferencia: cuando un hombre trabaja para sí mismo, o cuando trabaja para un patrono pero cobra sus salarios en especie, sus salarios dependen del fruto de su trabajo. Si, por una desgracia, éste resulta estéril, aquél nada

ganaría. Cuando trabaja para un patrono, sin embargo, gana de todos modos sus salarios —éstos dependen del desempeño del trabajo, no del resultado del trabajo—.” Pero esto, evidentemente, no es una distinción efectiva. Porque, por regla general, el trabajo prestado por salarios fijos no sólo rinde la equivalencia de los salarios, sino algo más; de otra suerte, los patronos no ganarían. Cuando los salarios son fijos, el patrono toma para sí todo el riesgo, y se compensa por este seguro, porque cuando los salarios son fijos, siempre son algo inferiores a los salarios eventuales. Pero aunque, cuando se convienen salarios fijos, el trabajador que ha desempeñado su parte del contrato tiene usualmente un derecho legal contra el patrono, es frecuente, si no general, el caso de que el desastre que impide al patrono cosechar el beneficio del trabajo le impida pagar los salarios. Y en una importante rama de la Economía, el patrono está legalmente exento en caso de desastre aunque el contrato sea de salarios ciertos y no eventuales. Porque la regla de la ley marítima es que “el flete es la madre de los salarios”, y aunque el marinero haya cumplido su parte, el desastre que impide al barco ganar los fletes, priva a aquél de derecho para reclamar sus salarios.

15 En esta máxima legal va implícita la verdad que estoy sosteniendo. La producción es siempre la madre de los salarios. Sin producción no existirían salarios ni podrían existir. Del producto del trabajo, no de los adelantos del capital, salen los salarios.

16 Siempre que analicemos los hechos, encontraremos que esto es verdad. Porque el trabajo precede siempre a los salarios. Esto es tan universalmente verdad de los salarios recibidos por el trabajador de un patrono como de los salarios tomados directamente por el trabajador que es su propio patrono. En uno y otro caso, la recompensa está condicionada por el esfuerzo. Pagados algunas veces por días, más frecuentemente por semanas o meses, alguna vez por años, y, en muchas ramas de la producción, por piezas, el pago de los salarios por un patrono al obrero siempre implica la previa prestación del trabajo por el obrero en bene-

ficio del patrono, porque los pocos casos en que se adelanta el pago de los servicios personales, se refieren evidentemente a la caridad o a la garantía y a la compra. El nombre de "anticipo" dado a los pagos adelantados a los abogados, revela el verdadero carácter de la transacción, como el nombre "dinero de sangre" dado en el argot de los muelles a un pago que es nominalmente adelanto de salarios a los marineros, pero que en realidad es dinero de compra —pues tanto la ley inglesa como la americana consideran al marinero tan mercancía como a un cerdo.

17

Insisto en este hecho notorio de que el trabajo siempre precede a los salarios, porque es de absoluta importancia para entender los más complicados fenómenos de los salarios el que lo conservemos en la mente. Y aun siendo esto obvio, como he demostrado, la plausibilidad de la proposición de que los salarios salen del capital —proposición que sirve de base a deducciones tan importantes y trascendentales—, viene en primer término de un aserto que ignora aquella verdad, y, aparta de ella la atención. Esa afirmación es que el trabajo no puede ejercer su poder productor a menos de que el capital le suministre el sustento (1). El lector desprevenido admite, desde luego, que el trabajador necesita alimentos, vestidos, etc., para estar en aptitud de realizar su trabajo; y habiéndosele dicho que el alimento, vestido, etc., usados por los trabajadores productivos, son capital, asiente a la conclusión de que el consumo de capital es necesario para la

(1) «La actividad productora está limitada por el capital... No puede haber más actividad productora que aquella a la que suministran materiales que elaborar y alimento que comer. Aunque esto es axiomático, se olvida a menudo que la gente de un país es sustentada y subviene a sus necesidades no con el producto del trabajo presente, sino con el del pasado. Aquella consume lo que ha sido producido, no lo que está a punto de ser producido. Ahora bien, de lo que ya ha sido producido sólo se destina una parte a sostener el trabajo productivo, y de aquí que no haya ni pueda haber más trabajo que el que pueda ser provisto de materiales e instrumentos de producción por aquella parte a ello destinada (que es el capital del país).» JOHN STUART MILL, *Principios de Economía Política*, lib. I, cap. V, sec. 1.^a

aplicación del trabajo, y de esto no es sino una deducción obvia el que la producción está limitada por el capital, que la demanda de trabajo depende de la oferta de capital, y por tanto, que los salarios dependen de la relación entre el número de trabajadores que buscan empleo y la suma de capital dedicado a contratarlos.

18 Pero creo que el examen hecho en el capítulo anterior permitirá a todos ver dónde está el error de este razonamiento, error que ha enredado a alguno de los más agudos entendimientos en una maraña hilada por ellos mismos. Consiste en usar la palabra "capital" en dos sentidos. En la proposición primaria: que el capital es necesario para la ejecución del trabajo productivo, el vocablo "capital" se entiende como comprensivo del alimento, vestido, albergue, etc.; mientras que, en las deducciones que finalmente se sacan de ello, el vocablo es usado en su común y legítimo significado de riqueza consagrada no a la inmediata satisfacción de los deseos, sino a procurar más riqueza —de riqueza en manos de los patronos como distintos de los trabajadores—. La conclusión no es más válida que lo sería si, de aceptar la afirmación de que un trabajador no puede ir al trabajo sin su almuerzo y algunas ropas, infiriésemos que no pueden ir a trabajar más trabajadores que aquellos a quienes los patronos proveyesen de almuerzo y ropas. Ahora bien, el hecho es que los trabajadores, generalmente, se proveen de su propio almuerzo y de las ropas con que van a trabajar; y el hecho posterior es que el capital (en el sentido en que la palabra se emplea para distinguirla de trabajo) alguna vez, en casos excepcionales, puede hacer adelantos al trabajo antes de que la obra comience, pero nunca está obligado a ello. Del gran número de obreros existente hoy en el mundo civilizado, probablemente no hay uno, que desee trabajar, que no pudiera ser empleado sin que se le adelantaran salarios. Gran parte de ellos, indudablemente, irían gustosos al trabajo en condiciones que no requiriesen el pago de los salarios antes de fin de mes; es dudoso que hubiera bastantes para llamarlos una clase, que no quisieran ir a trabajar y aguardar sus

salarios hasta fin de semana, como suelen hacerlo en su mayoría; mientras que no hay ciertamente ninguno que no aguardase a cobrarlos al terminar el día, o si queréis, hasta la hora de la comida próxima. El momento preciso del pago de los salarios es secundario —el punto esencial, el punto en que insisto—; es que siempre es *posterior* a la ejecución del trabajo.

19

El pago de los salarios, por consiguiente, implica siempre la previa prestación del trabajo. Ahora bien, la prestación del trabajo ¿qué implica en la producción? Evidentemente, la producción de riqueza, la cual, si es cambiada o empleada en la producción, es capital. Por consiguiente, el pago del capital en salarios presupone una producción de capital por el trabajo que se paga con los salarios. Y como el patrono, generalmente, realiza un beneficio, el pago de salarios no es, en cuanto a aquél concierne, sino la restitución al trabajador de una parte del capital que el patrono ha recibido del trabajo. En lo que a los obreros afecta, no es más que el recibo de una porción del capital que su trabajo ha producido previamente. Puesto que el valor recibido en salario es así cambiado por un valor creado por el trabajo, ¿cómo puede decirse que los salarios salen del capital o son adelantados por el capital? Puesto que en el cambio de trabajo por salarios los patronos siempre obtienen el capital creado por el trabajo antes de pagar con el capital los salarios, ¿en qué momento es disminuido su capital ni siquiera temporalmente? (1).

(1) Hablo del trabajo como productor de capital, para mayor claridad. Lo que el trabajo procura siempre es riqueza (que puede ser o no capital) o servicios, siendo los casos en que no se obtiene nada, meros casos excepcionales de desgracia. Cuando el objeto del trabajo es simplemente la satisfacción del que lo emplea, como cuando contrato con un hombre que me limpie las botas, no pago los salarios con mi capital, sino con la riqueza que he destinado no a fines reproductivos, sino a consumirlo para mi propia satisfacción. Aun cuando los salarios así pagados se puedan considerar sacados del capital, por aquel acto pasarán desde la categoría de capital a la de riqueza destinada a la satisfacción de su poseedor, como cuando un vendedor de cigarros toma de las existencias que tiene para la venta una docena de cigarros y se los mete en el bolsillo para su consumo propio.

20

Sometamos la cuestión a la prueba de los hechos. Pongamos, por ejemplo, un fabricante dedicado a convertir las materias primas en productos acabados: algodón, en tela; hierro, en ferretería; cuero, en botas, o cosa semejante, y que pague a los obreros, como ocurre generalmente, una vez a la semana. Que haga un inventario exacto de su capital el lunes por la mañana, antes de principiar el trabajo, y aquél consistirá en sus edificios, maquinaria, materias primas, dinero disponible y productos concluidos en almacén. Supongamos, para mayor sencillez, que ni compra ni vende durante la semana, y que, después de terminar el trabajo y haber pagado a sus obreros el sábado por la noche, hace un nuevo inventario de su capital. El capital en dinero habrá disminuido, porque los salarios han sido pagados con él; habrá menos materias primas, menos carbón, etc., y habrá de hacer una deducción proporcional del valor de los edificios y de la maquinaria, por desgaste y deterioros durante la semana. Pero si realiza un negocio remunerador, como debe ocurrir en el promedio de los casos, la partida de producto acabado será bastante mayor para compensar todas aquellas disminuciones y arrojar en la suma un aumento de capital. Manifiestamente, pues, el valor que ha pagado a sus obreros no ha salido de su capital ni del de nadie más. Viene no del capital, sino del valor creado por el trabajo mismo. No hay más adelanto de capital que el que habría si tomase obreros para arrancar ostras y les pagase con una parte de las ostras arrancadas. Sus salarios son tan verdaderamente el producto de su trabajo como lo era el salario del hombre primitivo, cuando, mucho "antes de la apropiación de la tierra y de la acumulación de riqueza", obtenía una ostra arrancándola de las rocas con una piedra.

21

Como el obrero que trabaja para un patrono no obtiene sus salarios hasta que ha realizado su obra, su caso es similar a quien deposita en un banco, del cual no puede sacar dinero hasta que lo ha puesto en él. Y de igual modo que el depositante, sacando lo que previamente ha puesto en el banco, no disminuye el

capital del banco, los trabajadores, al recibir sus salarios, no disminuyen, ni siquiera temporalmente, el capital de los patronos ni el capital total de la sociedad. Sus salarios no vienen del capital, por la misma razón que los cheques de los depositantes no se giran contra el capital del banco. Es verdad que los trabajadores, al recibir sus salarios, no reciben la riqueza devuelta en la misma forma en que ellos la habían entregado, como a los depositantes en el banco no les devuelven las mismas monedas o billetes que ellos depositaron, pero la reciben en forma equivalente, y así, como tenemos razón al decir que el depositante recibe del banco la moneda que entregó, tenemos razón al decir que el trabajador recibe en salarios la riqueza que entregó en trabajo.

22 Que esta verdad universal esté tan frecuentemente oscurecida, se debe en gran parte a aquella fecunda fuente de oscuridades económicas consistente en confundir la riqueza con el dinero; y es notable ver cuántos de aquellos que, después que el Dr. Adam Smith hizo que el huevo se tuviese de pie, han demostrado copiosamente los errores del sistema mercantil, caen en espejismos de la misma clase al tratar de las relaciones entre el capital y el trabajo. Siendo el dinero el medio general de cambio, el común fundente por medio del cual se realizan todas las transmuciones de riqueza de una forma en otra, cualquier dificultad que pueda existir para un cambio, se manifiesta generalmente al reducirla a dinero, y así, algunas veces es más fácil cambiar dinero por cualquier otra forma de riqueza que cambiar una forma determinada de riqueza por dinero, porque hay más poseedores de riqueza deseosos de cambiarla, que quienes deseen realizar un cambio determinado. Del mismo modo, un patrono productor que ha invertido su dinero en salarios, puede a veces encontrar dificultades para convertir rápidamente en moneda el valor aumentado por el cual realmente se ha cambiado su dinero, y habla de haber agotado o adelantado su capital en pago de salarios. Sin embargo, a menos que el nuevo valor creado por el trabajo sea menor que los salarios pagados (lo que sólo puede

ser en un caso excepcional), el capital que antes tenía en dinero lo tiene ahora en mercancías —ha cambiado de forma, pero no ha disminuido.

²³ Hay una rama de la producción respecto de la cual las confusiones de ideas que nacen de la costumbre de estimar el capital en dinero, surgen más difícilmente, en atención a que su producto es la materia prima general y patrón del dinero. Y así ocurre que este negocio nos proporcione ejemplos casi simultáneos de producción que pasa desde las formas más sencillas a las más complejas.

²⁴ En los primeros días de California, como después en Australia, los mineros de los “placers” que encontraban depositadas en el lecho del río, o en la superficie, las brillantes partículas que los lentos procesos de la Naturaleza habían acumulado durante edades, recogían o lavaban sus “salarios” (que así los llamaban) en dinero efectivo, porque siendo escasa la moneda acuñada, el oro en polvo circulaba como moneda al peso, y al acabar el día tenían sus salarios, en dinero y en una bolsa de piel, metidos en el bolsillo. No puede haber discusión en cuanto a si esos salarios vienen del capital o no. Eran manifiestamente el producto de su trabajo. Ni puede tampoco discutirse cuando el poseedor de un “placer” especialmente rico alquilaba hombres para que trabajasen para él, y los pagaba en la misma moneda que su trabajo había obtenido en su quebrada o alfaque. A medida que la moneda acuñada se hizo más abundante, su mayor conveniencia para ahorrar las molestias y pérdidas de peso, asignaron al oro en polvo el puesto de una mercancía, y con la moneda acuñada obtenida por la venta del polvo que su trabajo había obtenido, el patrono minero pagaba a sus trabajadores. Cuando tenía bastante moneda acuñada para hacerlo así, en vez de vender su polvo de oro en el almacén más próximo y dar un beneficio al comerciante, lo guardaba hasta que tenía bastante para hacer un viaje o enviarlo por un propio a San Francisco, en cuya casa de la moneda podía hacerlo acuñar sin gasto. Mientras iba así acu-

mulando oro en polvo, iba disminuyendo su caudal de moneda acuñada, exactamente como el manufacturero, mientras va acumulando sus existencias de mercancía, va disminuyendo su caudal de dinero. Sin embargo, nadie será bastante obtuso para imaginar que tomando así el oro en polvo y pagando en moneda, el minero disminuía su capital.

25

Pero los depósitos que se podían explotar sin labores preparatorias pronto fueron agotados y las minas de oro tomaron pronto un carácter más complejo. Antes de que ninguna pertenencia pudiera estar en condiciones de rendir fruto alguno, hubo que abrir profundos pozos, construir grandes diques, perforar largos túneles al través de las más duras rocas, conducir agua a lo largo de millas sobre los riscos de las montañas o cruzando profundos valles, e instalar costosa maquinaria. Estas obras no podían ejecutarse sin capital. Algunas veces su construcción requería años, durante los cuales no podía esperarse fruto alguno de ellas, mientras que cada semana o cada mes había que pagar sus salarios a los hombres empleados. “Seguramente —se dirá—, en tales casos, aunque no sea en otros, los salarios salen efectivamente del capital, son efectivamente anticipados por el capital y tienen que disminuir necesariamente el capital cuando se pagan. Seguramente, aquí al menos, la industria está limitada por el capital, porque sin el capital no podrían realizarse tales obras.” Veámoslo:

26

Siempre son casos de esta índole los que se ofrecen como ejemplo de que los salarios son anticipados por el capital. Porque cuando los salarios son pagados antes de que sea obtenido o concluido el objeto del trabajo —como en la agricultura, donde el arar y el sembrar tiene que preceder en varios meses a la recolección; como en la erección de edificios, la construcción de barcos, ferrocarriles, canales, etc.—, es claro que los dueños del capital invertido en salarios no pueden esperar un inmediato retorno, sino que, como suele decirse, tienen que “desembolsarlo” o “dejarlo yacer fuera” durante algún tiempo, que algunas veces es muchos años. Y de aquí es fácil saltar, si no se conserva en la

mente los principios fundamentales, a la conclusión de que los salarios son adelantados por el capital.

27 Pero tales casos no pueden embarazar al lector de quien me haya hecho entender claramente en lo que llevo dicho. Un fácil análisis demostrará que estos ejemplos en que los salarios son pagados antes de que el producto esté concluido o de que siquiera esté producido, no constituyen excepción de la regla, evidente cuando el producto está acabado antes de que sean pagados los salarios.

28 Si me dirijo a un cambista para cambiar plata por oro, yo entrego mi plata, que aquél cuenta y pone aparte, y a continuación me entrega el equivalente en oro, menos su comisión. ¿Me ha adelantado capital el cambista? Manifiestamente, no. Lo que antes tenía en oro lo tiene ahora en plata, más su provecho. Y como él tomó la plata antes de pagarla con el oro, no ha habido por su parte, ni siquiera momentáneamente, un adelanto de capital.

29 Ahora bien, esta operación del cambista es precisamente análoga a la que el capitalista hace cuando, en casos como el que ahora estamos considerando, invierte capital en salarios. Como la ejecución del trabajo precede al pago de los salarios, y como el rendimiento del trabajo en la producción implica la creación de valor —el patrono recibe valor antes de pagar valor—, no hace sino cambiar capital de una forma por capital de otra forma. Porque la creación del valor no depende de la terminación del producto; se realiza en cada etapa del proceso de la producción, como inmediato resultado de la aplicación del trabajo, y de aquí que, por largo que sea el proceso en que esté empeñado, el trabajo, con su esfuerzo, siempre aumenta el capital antes de tomar de éste sus salarios.

30 He aquí un herrero en su forja haciendo azadones. Notoriamente está haciendo capital —añadiendo azadones al capital de su patrono antes de obtener de él dinero en salarios—. He aquí un maquinista o un calderero trabajando en las planchas de la

quilla de un trasatlántico. ¿No está también tan exacta y claramente creando valor, haciendo capital? El buque gigante, como el azadón, es un artículo de riqueza, un instrumento de producción, y aunque el uno puede no estar concluido en años, mientras el otro lo está en pocos minutos, del trabajo de cada día, en uno y otro caso, es con igual claridad una producción de riqueza —una adición al capital—. En el caso del vapor como en el caso del azadón, no es el último martillazo más que el primer martillazo el que crea el valor del producto concluido; la creación del valor es continua, es el valor inmediato resultado de la ejecución del trabajo.

31

Vemos esto claramente dondequiera la división del trabajo ha hecho usual que diferentes grupos de productores realicen las diferentes partes del total proceso de la producción, es decir, dondequiera tenemos costumbre de estimar el conjunto del valor que el trabajo empleado en cualquier etapa preparatoria de la producción ha creado. Y un momento de reflexión mostrará que éste es el caso en cuanto a la gran mayoría de los productos. Tomemos un barco, un edificio, una navaja, un libro, un dedal o un pan. Son productos concluidos. Pero no han sido producidos en una sola operación, ni por un solo grupo de productores. Y siendo éste el caso, fácilmente distinguimos diversos puntos o fases en la creación del valor que, como productos concluidos, representan. Cuando no distinguiéramos diferentes partes en el proceso final de la producción, distinguiríamos el valor de las materias primas. El valor de estas materias primas con frecuencia se puede descomponer nuevamente muchas veces, mostrando otros tantos pasos, claramente definidos, en la creación del valor final. En cada uno de dichos pasos, habitualmente estimamos una creación de valor, una adición de capital. La hornada de pan que el panadero saca del horno tiene un cierto valor. Pero está compuesto, en parte, del valor de la harina con que se hizo la masa. Y ésta, a su vez, está compuesta por el valor del trigo, el valor que le dio la molienda, etc. El hierro en forma de lingotes dista mucho de ser un

producto acabado. Todavía tiene que pasar al través de varias y acaso de muchas etapas de la producción antes de parar en los artículos definitivos que constituyen el último objetivo para el cual el mineral de hierro fue extraído de la mina. Sin embargo, el lingote de hierro ¿no es capital? Y de igual modo, el proceso de la producción no está completo cuando se coge una cosecha de algodón ni cuando se la desmota y prensa, ni tampoco cuando llega a Lowell o Manchester, ni tampoco cuando se convierte en hilo ni cuando se convierte en tela, sino cuando finalmente se pone en manos del consumidor. Sin embargo, es bien claro que a cada paso de este proceso ha habido una creación de valor —una adición de capital—. Porque, por consiguiente, aunque nosotros no lo distinguimos y estimamos tan habitualmente, ¿no hay una creación de valor —una adición al capital— cuando la tierra es labrada para sembrar? ¿Es porque sea posible que venga una mala estación y se frustre la cosecha? Evidentemente no, porque la posibilidad de una desgracia semejante espera a cada paso de los muchos necesarios de la producción de cada artículo concluido. Por regla general es seguro que venga una cosecha, y tanto arado y sembrado dará, en promedio, tanto algodón en los capullos, tan seguramente como el hilado de tanto hilo de algodón dará tanto lienzo.

32

En resumen, como el pago de salarios está siempre condicionado por la prestación del trabajo, el pago de salarios en la producción, por largo que sea el proceso de ésta, nunca implica ningún adelanto de capital, ni aun temporalmente disminuye el capital. Puede invertirse un año o años en construir un buque, pero la creación de valor del cual el barco concluido será la suma, avanza día por día, hora por hora, desde el momento en que se puso la quilla o desde que la grada quedó expedita. Ni tiene el constructor que disminuir su capital o el capital de la comunidad, para pagar los salarios, antes de que el barco esté completo, porque el valor del barco parcialmente concluido queda en lugar del valor invertido en salarios. No hay adelanto

de capital en este pago de salarios, porque el trabajo de los obreros durante la semana o el mes, crea y rinde al constructor más capital del que se les paga al fin de la semana o del mes, como lo demostraría el hecho de que si el constructor, en cualquier período de la construcción, le pidieran que vendiese un barco no concluido, esperaría una ganancia.

33 Y de igual modo, cuando se abre un túnel en Sutro o en San Gotardo o un canal en Suez, no hay adelanto de capital. El túnel o el canal, a medida que van siendo abiertos, vienen a ser tan capital como el dinero empleado en abrirlos —o, si se prefiere, la pólvora, barrenas, etc., utilizados en la obra, y el alimento, vestidos, etc., usados por los trabajadores—, como lo demuestra el hecho de que el valor de las acciones de la compañía no ha disminuido a medida que el capital en aquellas formas ha ido cambiando gradualmente en capital en forma de túnel o de canal. Por el contrario, probablemente, y como término medio, aumenta a medida que la obra progresa, exactamente como el capital invertido en un tipo de producción más breve aumentaría también.

34 Y eso es notorio también en agricultura. Que la creación del valor no se realiza de una vez cuando se recoge la cosecha, sino paso a paso durante el proceso total que la recolección termina, y que en el ínterin ningún pago de salarios disminuye el capital del labrador, es bastante tangible cuando se vende o arrienda la tierra durante los procesos de la producción, porque un campo arado valdrá más que un campo sin arar, o un campo que ha sido sembrado, más que uno que sólo está arado. Es bastante tangible cuando la cosecha es vendida en ciernes, como se hace algunas veces, o cuando el labrador no cosecha por sí mismo, sino que hace un contrato con el dueño de las máquinas recolectoras. Es tangible en el caso de los huertos y viñedos que, aunque no estén en producción todavía, toman precios proporcionados a su edad. Y es tangible en el caso de los caballos, ganado y corderos, que aumentan de valor a medida que van avanzando hacia la madurez. Y si no es siempre tangible entre lo que

puede ser llamado los usuales puntos de cambio en la producción, este aumento de valor se realiza con igual seguridad a cada esfuerzo del trabajo. Así, pues, cuando el trabajo es prestado antes de que sean pagados los salarios, el adelanto de capital es realmente hecho por el trabajo, y es del obrero al patrono, no del patrono al obrero.

35 “Sin embargo —puede decirse—, en los casos que hemos considerado es requerido el capital.” Ciertamente; no discuto eso. Pero no es requerido para hacer adelantos al trabajo. Es necesario para otro fin. Cuál es este fin lo veremos fácilmente.

36 Cuando los salarios son pagados en especie, es decir, en riqueza de la misma especie que el trabajo produce; cuando, por ejemplo, yo contrato hombres para cortar madera y convengo en darles como salarios una parte de la madera que corten (procedimiento adoptado algunas veces por los propietarios o arrendatarios de bosques), es evidente que no se requiere capital alguno para pagar los salarios. Ni tampoco cuando, por razones de mutua conveniencia, nacidas del hecho de que una gran cantidad de madera puede ser vendida más fácil y ventajosamente que numerosas pequeñas cantidades, convengo en pagar los salarios en dinero en vez de hacerlo en madera, necesitaré capital alguno, con tal de que pueda cambiar la madera por dinero antes de pagar los salarios. Sólo cuando no puedo hacer ese cambio, o un cambio tan ventajoso como deseo, hasta que haya acumulado una gran cantidad de madera, necesitaré capital. Ni aun necesitaré capital si puedo hacer un cambio parcial o principio de cambio, tomando prestado sobre mi madera. Si no puedo hacerlo o no me decido a vender la madera o a tomar prestado sobre ella y, sin embargo, quiero seguir acumulando gran cantidad de madera, necesitaré capital. Pero este capital, visiblemente, lo necesito no para pago de salarios, sino para acumular existencias de madera. Y de igual modo en la perforación de un túnel. Si los hombres fuesen pagados en túnel (lo cual, si conviniera, puede hacerse fácilmente pagándoles en acciones de la

compañía), no se necesitaría ningún capital para pago de salarios. Se necesita solamente cuando los empresarios quieren acumular capital en forma de túnel. Para volver a nuestro primer ejemplo: el cambista a quien yo vendo mi plata no puede llevar adelante su negocio sin capital. Pero no necesita este capital porque me adelanta ningún capital a mí cuando recibe mi plata y me entrega su oro. Lo necesita porque la naturaleza del negocio exige tener a mano una cierta suma de capital, a fin de que, cuando llega un cliente, aquél esté preparado para hacer el cambio que el cliente desea.

37

Y lo mismo encontramos en cualquier rama de la producción. No se necesita apartar nunca capital para pagar los salarios cuando el producto del trabajo por el cual se pagan los salarios es vendido tan pronto como se produce; sólo se necesita cuando este producto es almacenado o, lo que para el individuo es lo mismo, puesto en la general corriente de los cambios sin cobrarlo en seguida, esto es, vendido a crédito. Pero el capital así requerido no lo es para el pago de salarios ni para hacer adelantos al trabajo, puesto que está siempre representado en el producto del trabajo. No es para emplear trabajo por lo que necesita capital cualquier productor; si necesita capital es porque no sólo ocupa trabajo, sino que es un comerciante o especulador en los productos del trabajo, o un acumulador de ellos. Este es generalmente el caso de los patronos.

38

Recapitulemos: El hombre que trabaja para sí mismo gana sus salarios en las cosas que produce, a medida que las produce, y cambia este valor en cualquiera otra forma cuando vende lo que produce. El hombre que trabaja para otro por salarios convenidos en dinero, lo hace bajo un contrato de cambio. También él crea sus salarios a medida que rinde su trabajo, pero no los obtiene sino en un tiempo dado, en sumas determinadas y en diferente forma. Al prestar su trabajo, él se adelanta en el cambio; cuando recibe sus salarios se completa el cambio. Durante el tiempo en que está ganando los salarios está adelantando capital

a su patrono, pero en ningún momento, a menos de que se paguen los salarios antes de hacer el trabajo, el patrono le está adelantando capital a él. Que el patrono que recibe el producto en cambio de los salarios lo vuelva a cambiar inmediatamente o lo conserve algún tiempo, no altera el carácter de la transacción más que lo alteraría la aplicación final que haga del producto el último receptor, quien acaso esté en otro hemisferio del globo y al final de una serie de centenares de cambios.